

gorosa justicia; pudieran, entónces, y no antes, proceder á los actos civiles, quitando así á los contrayentes todo motivo para manchar su conciencia, mancha extensiva á todos los que cooperan á este acto.

Después de la libertad para el Sacramento del Matrimonio, debemos pedir á Dios se digne disponer, que desaparezcan los grandes obstáculos, que impiden la admisión á los órdenes sagrados de los jóvenes levitas, arrebatados, de improviso, por la ley sobre recluta del ejército, que los sujeta á todos, sin distinción, al servicio de las armas, obligando á todos estos jóvenes eclesiásticos, á cambiar el cingulo, emblema de la pureza, por el cinturón de cuero, que debe sostener la espada.

¿Quién no ve, que, procediendo de esta suerte, se quiere destruir, poco á poco, la gerarquía eclesiástica, y sustituir á la pacífica milicia de Jesucristo, desertada y abandonada, esa otra milicia, que á tantos peligró expone el cuerpo y el alma? Roguemos, pues, humildemente á Dios que, aparte de nosotros esta amenaza de destrucción.

Pero, no se crea que al pedir, que estos dos Sacramentos sean libres en todos sus efectos, me olvido de reclamar la libertad de enseñanza. La reclamo, no como un principio, que no admito, sino como una verdadera necesidad.

Estas son, mis amados hijos, las pocas palabras que tenia intención de dirigiros.

Ahora, prosternámonos todos ante la gruta del Divino Redentor, y pidámosle, antes que todo, las tres gracias de que acabo de hablaros: ¡Dios mío! Autor de los Sacramentos, dad á la Iglesia la libertad del Sacramento del Matrimonio; dadla la libertad del sacramento del Orden; confirmad, si confirmad á vuestra Iglesia la misión que la disteis en el principio, cuando dijiste á los Apóstoles: *Evangelizate omnes gentes*. Marchad; enseñad á todas las naciones.

Si, estos son, Señor, las mercedes que nosotros solicitamos de vos. Vos podéis tocar y commover el corazón de los hombres, cuyos lábios están siempre dispuestos á glorificar la libertad, pero cuyas manos están constantemente empleadas en forjar cadenas, y prontas á hacer esclava á vuestra Iglesia, y á impedirle el ejercicio de su divina misión.

Cuando acogisteis en vuestra humilde morada á las ilustres personas, venidas de lejanas provincias para adoraros, cundió la

alarma entre los que reinaban en Israel. Nosotros venimos igualmente á adoraros, pero no queremos infundir la alarma en el corazón de los que gobiernan; deseamos solamente, que, gracias á Vos, la luz de la verdad penetre en su espíritu, y que después de habernos arrebatado mucho, se nos conceda, por lo menos, lo que pedimos, lo que no se refiere á ningún interés material, pero que tiende únicamente á la salvación de las almas.

¡Oh, amado Jesús! Vos veis á todos los que están aquí presentes, y en ellos á todos los millones de italianos que representan; todos se unen conmigo para suplicaros, y para merecer mejor lo que solicitan, os ofrecen con los Santos Reyes Magos, el oro, el incienso y la mirra. El oro de la pureza, á fin de volver al alma apta para la práctica de las obras santas; el incienso de la oración, para fortificarla en sus acciones; la mirra de la mortificación, para ejercitarse en la lucha, que sostienen contra vuestros enemigos. Escuchad, ¡oh, Señor! escuchad nuestras comunes oraciones. Levantad el brazo para bendecirnos á todos, lo mismo á los que están presentes, que á los que están lejanos. Este brazo, es cierto, es el brazo de un niño, pero no es ménos fuerte y todopoderoso. ¡Benedicid esta península!

- Cuando estaba dividida en muchos Estados, estaba unida en la fe; pero hoy, que se dice estar unida políticamente, está sembrada de templos protestantes, de escuelas heterodoxas, y otras instituciones semejantes, cuya misión es dividir á Italia en la fe, en el culto, en la religión, para establecer el reinado de Satanás, que consiste en reinar de buen grado, pero cuyos símbolos son el *nullus ordo* y el *sempiternus horror*.

Dignáos, pues, Señor, devolver á Italia, unida en otro tiempo por la fe, la posesión de esta, la primera y más noble de entre todas sus prerrogativas.

Alejad de ella á todos estos maestros del error, y tantas otras fuentes de corrupción. Que vuestra oración derrame sobre ella estos grandes beneficios, que la haga digna de conservar los antiguos privilegios, el primero de los cuales es haber pertenecido toda ella siempre á la Religión católica.

Benedictio Dei.

(*Journal de Florence*, 8 de enero 1873.

LOS NUEVE PAPAS CON EL NOMBRE DE PIO.

I.

PIO I (San), primer papa de este nombre, nació en Aquilea: sucedió en la Cátedra de Pedro á San Higinio, á principios del año 138.

La Iglesia era, entónces, objeto de una de las más violentas persecuciones. PIO I se dedicó especialmente á establecer las reglas de la disciplina y de la liturgia; ordenó, de conformidad con la tradición apostólica, que la fiesta de Pascua se celebrase en el domingo inmediato después del día 14 de la luna de marzo. Este Papa tuvo la dicha de morir por Jesucristo, en 11 de julio de 167, después de haber ocupado la Sede ocho años, tres meses y tres días.

Bini le atribuye cuatro epístolas; empero el cardenal Baronio no le atribuye más que dos, dirigidas á Justo de Viena.

II.

PIO II (Eneas Silvio Bartolomé Piccolomini), nació en Corsignano, aldea de la provincia de Sena, en Toscana. Para ilustrar el lugar de su nacimiento, lo erigió en ciudad episcopal, que llamó *Pienza* de su nombre de Pio. Victoria de Forteguerra, su madre, había visto en sueños, durante su embarazo, que daría á luz un niño mitrado. Como que entónces reinaba la costumbre de degradar á los clérigos indignos, poniéndoles una mitra de papel en la cabeza, ella creyó, que su hijo sería la vergüenza y la deshonra de la familia. El resultado demostró todo lo contrario.

Desde sus más tiernos años se distinguió Eneas Piccolomini por su amor á las bellas letras. A la edad de veinte años, acompañado, en calidad de secretario, al cardenal Domin-

go Capranica, llamado el cardenal *Le Ferme*, al Concilio de Basilea. Después de haber desempeñado algunas misiones muy delicadas, Nicolás V le confirió el obispado de Trieste, de donde fue trasladado al de Sena. Más adelante, fue enviado en calidad de Nuncio cerca de las Dietas de Alemania, para formar una liga contra los turecos. Calixto III, sucesor de Nicolás V, creó cardenal á monseñor Piccolomini, en 1436; y trece días después de la muerte de este Papa, acaecida el día 6 de agosto 1438, el cardenal de Sena fue llamado á sucederle, y tomó el nombre de Pio II.

Inmediatamente después de su elección, procuró unir á los príncipes cristianos contra los turcos. Al efecto, convocó un congreso en Mántua, que abrió el 1.º de junio 1438. Empero, por haber confirmado en el trono de Nápoles á D. Fernando I, hijo bastardo de D. Alfonso V, rey de Aragón, á quien D.ª Juana II, reina de Nápoles, adoptó para el derecho de este reino, contra la casa de Anjou; suscitó una guerra, que retardó la expedición contra los musulmanes. Entretanto, el Papa reunió tropas, y se disponía á conducir las en persona, cuando le sorprendió la muerte en el puerto de Ancona, á donde había ido para embarcarse con la expedición por el preparada.

Reinó cinco años, once meses, veinte y siete días. Excomulgó á los que apelaron del Papa al Concilio, contra lo que sintió antes de ser elevado al Pontificado. Fue en su tiempo la controversia entre Dominicos y Franciscanos, de si la sangre que Cristo derramó en su Pasión, *goteó*, ó no, de la unión hypostática. Las obras de este Papa se publicaron en un volumen, en Basilea, en 1371. Preciso es confesar, como lo dice su epitafio, escrito por el cardenal de Sena, su

sobriño, que si el tiempo de su pontificado fue breve, su gloria ha sido grande. Juan Antonio Campanus, obispo de Terano, que escribió la vida de Pio II, la termina con estos versos:

Esse hoc tumulo Pium secundum
Ne tu crede, Plus petivit astra
Terris gloria nomine vagatur
Præterquam ossa nihil reliquit urnæ.

III.

Pio III, llamado Todeschini, era hijo de una hermana de Pio II, que le permitió tomar su apellido de Piccolomini; le nombró arzobispo de Sena, y le creó cardenal. Desempeñó diferentes cargos delicados, hasta la muerte de Alejandro VI, y fue elegido en Sena, el 22 de setiembre 1503. Dicese de este Papa, que lloró al tiempo que en su coronación se le representó (como se tiene de costumbre) la inconstancia de las glorias de esta vida, con la acción de aplicar unas estopas á la llama, y las palabras: *Assi posa la gloria di este mundo*. Vióse confirmada esta verdad en su pontificado, pues esperando de él aciertos dilatados, murió á los veinte y seis dias de su elección.

IV.

Pio IV, nació en Milán, el día de Pasqua 1499, de la familia de los Médicis. Admitido en la corte pontificia, con la dignidad de protonotario apostólico, bajo el reinado de Clemente VII, fue enviado, siendo pontifice Paulo III, á diferentes legaciones, y creado cardenal el 8 de abril 1549. Julio III le nombró legado del ejército contra el duque de Parma. El Cardenal de Médicis mereció el sobrenombre de *Padre de los pobres*, y de protector de las bellas artes. Su mérito le elevó á la Cátedra de San Pedro, despues de la muerte de Paulo IV. Reférese, que una pluma, que se habla introducido en la sala del Cóncave, reposó sobre el baldiquin del Cardenal de Médicis, cuyo suceso fue un presagio de su futura elección, la cual se verificó en la noche siguiente al día de Navidad del año 1559. Es digno de observarse, que habiendo nacido el día de Pasqua, fue elegido el día de Navidad, y coronado el día de la Epifanía. Despues de haber perdonado á los romanos, que habian cometido mil desacatos contra la memoria

de su predecesor, aplicóse con ardor á los asuntos de la cristiandad, ya para oponerse á los turcos, que sitiaban á Malta, ya para contener los progresos de la herejía en Francia y en Alemania. Mandó que continuara el Concilio de Trento, que estaba suspendido, y logró que se acabase felizmente en 1563, lo que se debió, en gran parte, al celo de San Carlos Borromeo, cardenal y sobrino del Papa. Corrigió varios abusos, y depuso al Cardenal Chantillon Belovacense, por ser hereje calvinista, y que, al fin, se caso, y se retiró á Inglaterra. La pérdida de Malta, que, finalmente, cayó en manos de los turcos, le impresionó tan dolorosamente, que apresuró su muerte, acaecida el 9 de diciembre 1565, habiendo sido asistido por su próximo pariente el cardenal San Carlos Borromeo, quien no le abandonó un solo instante en este lance extremo.

V.

Pio V (San), de la familia Ghislieri, sucedió á Pio IV, y fue elegido el 7 de enero 1566. Habia nacido en Bosco, pequeña ciudad poco distante de Alejandria, diócesis de Cortona, el 17 de enero 1504. Papiro Mason asegura, que en el bautismo recibió el nombre de *Antonio*, porque habia visto la luz el día en que la Iglesia celebra la fiesta de este santo anacoreta, y que luego recibió el de *Miguel*, al tomar el hábito de Santo Domingo en el convento de Voghera. Su virtud y su amor al estudio llamaron muy particularmente la atención de sus hermanos de hábito, los dominicos, en cuya orden fue profesor, predicador y superior. Habiendo sido nombrado inquisidor de la Fé, el cardenal Caraffa, comisario general de este tribunal célebre, distinguió con una estimacion particular al P. Miguel Ghislieri; y cuando este cardenal fue elevado al solio pontificio, bajo el nombre de Paulo IV, le nombró obispo de Sutri.

Esta dignidad no deslumbró al santo religioso; por el contrario, conociendo los deberes y las obligaciones de un obispo, la rehusó, solicitando con instancia, que se le permitiese retirarse á su primer convento de Voghera. Empero, Paulo IV se lo negó, y le creó cardenal, el 15 de marzo 1557; y á fin de tenerlo más cerca de su persona, le nombró inmediatamente inquisidor general de la Fé. Luego le confirió el obispado de Mon-

dovi, y, al fin, le tuvo por sucesor, como hemos dicho antes.

Inmediatamente despues de su elección se ocupó en arreglar su casa con la mayor sencillez, en purgar la ciudad de Roma, echando de ella á todas las personas de mala conducta, y, en fin, en la reforma del clero, y en la rigurosa observancia del Concilio de Trento. De él datan las Congregaciones romanas. Mientras se dedicaba personalmente á reunir fuerzas, que le permitiesen batir á los turcos, estimulaba incesantemente á los nuncios á obrar contra los herejes. Habiendo conseguido, por último formar una alianza con España y la república de Venecia, confió el mando de la armada de la Iglesia á Marco Antonio Colona, quien se distinguió con prodigios de valor en la célebre batalla de Lepanto, ganada, como es sabido, el 7 de octubre 1571. Murió Pio V el año siguiente, 1.º de mayo 1572. Fue varon de celo verdaderamente apostólico, de ánimo heroico, infatigable en los negocios de la Iglesia contra los herejes, contra los desordenados, y en favor de los reinos, y sus principes; político, sin ofender á la santidad; santo, sin desairar á la política; activísimo para mover á los principes contra el Turco; acertado en las expediciones; eficaz en los medios, feliz en los fines; *Pio*, en fin, en todas sus acciones. El papa Clemente X le declaró bienaventurado, el 16 de abril 1672, y Clemente XI le inscribió en el catálogo de los santos, el 4 de agosto 1710. Celebróse la canonizacion solemne, el 22 de mayo 1712, y designóse para su fiesta el día 5 de mayo.

VI.

Pio VI, Juan Angel Braschi, nació en Cesena, en las Romanias, el 27 de diciembre de 1717, de una familia muy noble, pero pobre. Niño todavía, manifestó una afición especial al estudio, distinguiéndose, desde luego, por una memoria prodigiosa: á la edad de 17 años recibió el grado de doctor en *ambos derechos*; y nadie ignora, que á la edad de 75 años, recitaba todavía largos pasajes de autores clásicos con la misma exactitud, que si en aquel instante acabara de estudiarlos.

El clérigo Braschi fue, por espacio de catorce años, secretario del célebre cardenal Ruffo, luego auxiliar de Benedicto XIV en sus estudios: Recibió las órdenes sagradas

en setiembre de 1758, cuando fue nombrado prelado y canónigo de la Basílica de San Pedro. Clemente XIV le nombró tesorer general de la Cámara Apostólica; y, durante su administracion, contribuyó poderosamente á la creacion de los grandes museos del Vaticano. Fue creado cardenal en 1773.

Acaecida la muerte de Clemente XIV, en 5 de octubre 1774, los cuarenta y tres cardenales, que se reunieron en cóncave para elegir sucesor, no se pusieron de acuerdo sino despues de profundas discusiones, pues todo el mundo presentia los grandes acontecimientos que iban á sobrevenir. Al fin, el cardenal Braschi fue electo Papa, en 13 de febrero 1785; y por respeto á la memoria de San Pio V, tomó su nombre al subir á la Cátedra de San Pedro.

Luego que hubo ordenado los asuntos de la casa pontificia (*sancti pontificis*), Pio VI se dedicó especialmente á la celebracion del gran Jubileo; despues se ocupó de restablecer el orden en la ciudad de Roma y en las administraciones del Estado. Se declaró protector de las artes y de las ciencias, y emprendió obras grandiosas, como la disecacion de las lagunas pontinas, la habilitacion de los puertos de Ancona, y de Civitavecchia, la construccion de caminos, y la ereccion de varios edificios (entre los cuales sobresale el palacio de *Nemi*), y de tres obeliscos egipcios; fundó el hospicio de Sordomudos, y el Conservatorio *Pio* para los huérfanos; estableció escuelas gratuitas, dirigidas por los Hermanos de las escuelas cristianas; edificó la magnífica sacristía de la Basílica Vaticana; aumentó el Museo elementalino; que se llamó desde entonces Pio-clementino; y los acuñados que surten de agua á la ciudad de Roma.

No menos solícito en la administracion de la Iglesia, restableció la paz religiosa en Portugal, é hizo un viaje á Viena para detener los progresos de la desorganizacion, que el emperador José II trataba de introducir en la jerarquía eclesiástica: fue bien recibido, y quedaron amigos los dos. El Santo Padre regresó á Roma, y el emperador continuó su marcha político-eclesiástica. Pio VI condenó el libro intitolado: *Quid est Papa?* y poco despues el Sínodo de Pistoia. Tuvo varias desavenencias con el rey de Nápoles, que se zanjaron cuando este pasó por Roma de vuelta de Alemania. Autorizó á los jesuitas, que se habian refugiado en

Prusia y en Rusia, para vivir en comunidad.

Entretanto la secta anticristiana hizo su irrupción en la sociedad, y se llamó la revolución francesa. Otro de sus primeros actos fue imponer al clero una constitución civil, esto es, proclamó la apostasía.

Al instante Pío VI expidió dos Breves contra esa constitución civil del clero, hecha por la Asamblea de Francia; excomulgó a los obispos y eclesiásticos, que, olvidando sus deberes, habían prestado el juramento requerido por dicha ley, y acogió en los Estados de la Iglesia a los sacerdotes y religiosos, que, por haber permanecido fieles, habían sido expulsados de Francia.

Esto, y la muerte del ministro Basseville, irritó a los franceses, ó más bien, proporcionó al directorio de París, la ocasión de pensar en el trono al Anticristo; declaró, pues, la guerra al Papa, y decretó el destronamiento de Pío VI. En 1796 los ejércitos republicanos invadieron las Legaciones, y por los armisticios del 23 y 28 de junio, las provincias de Ferrara, Bologna, y la ciudad de Faenza fueron separadas del Estado pontificio; se obligó, además, al Papa, a pagar quince millones, a entregar cien manuscritos de la Biblioteca Vaticana, y cien obras maestras de pintura y de escultura, escogidas por los comisarios franceses en los museos de Roma.

Durante la tregua convenida, negociábase un tratado de paz; empero apenas se supo, que otra de las condiciones preliminares propuestas por el Directorio francés, era la retractación de los Breves, que condenaban la constitución civil del clero, Pío VI exclamó con firmeza enteramente apostólica: «La corona del martirio es infinitamente más brillante que la que ciñe ahora mi cabeza;» y rechazó sin vacilar las condiciones del Directorio. Emprendiéndose de nuevo las hostilidades, bajo las órdenes del general Bonaparte, quien dispersó las tropas pontificias, e impuso al Papa en 17 de febrero 1797 el bárbaro tratado de Tolentino. El general Duphot, que había ido a Roma para hacer *democratizarla*, ó más bien, para hacer propaganda masonica, fue asesinado en un tumulto popular: el Directorio se sirvió de este pretexto para invadir lo restante de los Estados de la Iglesia, y privar al Papa, no solo del reino temporal, sino de la libertad, aunque, por de pronto, se le permitió pasar á Toscana.

Para arrojar de la sociedad á Cristo, y destruir todas sus enseñanzas, era necesario deshacerse del Papa. No podía faltar la secta á la misión que recibió de Lucifer.

En 18 de febrero 1798, un tal M. Haller, penetra, sin descubrirse, en el gabinete de Pío VI, y le intima, que se prepare á partir para el destierro. Respondele el Papa con calma: «Mi deber exige que yo permanezca aquí, y no puedo, sin cometer un crimen, abandonar el ejercicio de mi ministerio.» Pues bien, replica Haller, si vos os negáis á *tenir voluntariamente, nosotros emplearemos la fuerza.*»

En la madrugada del día 20, un destacamento de soldados invadió el Vaticano, y Haller obligó á Pío VI á que subiera al carruaje, que aguardaba en el patio, para conducirlo á Sena. De aquí, fué transferido á la Cartuja de Florencia, luego á la fortaleza de Savona, y, finalmente, á Valencia del Droma, donde llegó el 14 de julio del año siguiente. Las fatigas del viaje, las privaciones y los ultrajes sufridos, habían debilitado la salud del augusto Anciano. Conociendo que se aproximaba su hora postrera, se hizo administrar los últimos Sacramentos, dió gracias á sus servidores por su constante fidelidad, rogó á Dios que perdonase á los que le habían perseguido, y en la noche del 29 de agosto 1799, entregó el alma á su Criador. Se le declararon los honores debidos á su dignidad, y los fieles le erigieron un monumento sencillo. Después, siendo cónsul Bonaparte, fué trasladado á Roma, donde llegó el 15 de febrero 1802, y colocado en el Vaticano.

VII.

El sacro Colegio se congregó en Venecia, cuya primera disposición fue mandar, que se celebrasen en esta ciudad por el difunto Papa los funerales solemnes prescritos por el ritual Pontificio.

Pío vii, Gregorio Chiaramonti, benedictino Casinense, nació en Cesena, en 14 de abril 1742. Nominado obispo de Tivoli, y luego de Imola, fué creado cardenal por Pío VI, en el Consistorio de 14 de febrero 1785.

A la muerte de Pío VI, la cristiandad, toda entera, no había caído todavía en poder de la secta. El emperador de Austria, y el rey de España, á quienes los horrores de la

revolución francesa habían detenido, un momento, en la pendiente fatal, se apresuraron á facilitar á los Cardenales dispersos los medios de reunirse en Venecia para nombrar el nuevo Papa.

En esta época, componiase el sacro Colegio de cuarenta y cinco miembros, empero, solo treinta y cuatro intervinieron en el Conclave, que se abrió en 1.º de diciembre 1799. Dos corrientes dividían al sacro Colegio; inclinábanse unos, á la elección del cardenal Braschi, sobrino del Papa difunto; otros, opinando, que era necesario elevar á la cátedra de San Pedro, un hombre de grande energía, se inclinaban al cardenal Mattei; mas, después de conferenciarse los jefes de ambas opiniones, ocurrió un cambio repentino en los unos y en los otros, y todos los votos se concentraron en el cardenal Chiaramonti, electo Papa por unanimidad, en 14 de marzo 1800. En memoria de su predecesor, tomó el nombre de Pío VII.

Referir todos los acontecimientos de este inmortal pontificado, fuera ir más allá de lo que permite una corta biografía; y por lo tanto, nos contentaremos con apuntar los rasgos principales.

Los ejércitos de la república francesa habían experimentado algunos reveses: el rey de Nápoles y el emperador de Austria ocupaban los Estados de la Iglesia para entregarlos al nuevo Pontífice. En 6 de junio 1800, Pío VII se embarcó en una fragata inglesa para desembarcar en Pésaro; en 22 del mismo mes, el rey Fernando de Nápoles, en una proclama, anunciaba la restauración de la soberanía pontificia; y el día 3 de julio del mismo año, Pío VII entraba solemnemente en Roma.

Una de sus primeras medidas fué nombrar cuatro tomjones para restablecer el órden en todos los ramos de la administración, que el régimen anticristiano de la República había trastornado por completo. En 11 del agosto siguiente celebró el primer Consistorio, en el cual fueron preconizados treinta obispos, y creados cardenales los prelados Caraccioli y Consalvi.

En este mismo año 1800, Pío VII negoció con el general Bonaparte y primer Cónsul de la República francesa, el célebre Concordato.

De parte del Soberano Pontífice, hubo en dicho Concordato plena y entera buena fé; mas Bonaparte, hijo de la secta anticristia-

na, no podía faltar á su misión: al abrigo de este Concordato, hizo pasar unas leyes llamadas *Orgánicas*; á las cuales la Santa Sede, con constancia inquebrantable, negó su aprobación.

En los años siguientes, el nuevo Pontífice se consagró con gran solícitud á mejorar la situación de sus Estados, y, sobre todo, á extender el reino de Jesucristo, creando vicariatos apostólicos en América y en el extremo Oriente. Obsérvese, en efecto, que en este siglo de destrucción de la fé en Occidente, todos los soberanos Pontífices se manifiestan devorados de un santo ardor de dilatar el reino de Jesucristo en regiones remotas.

Entretanto, Napoleón, robusteciendo su poder, abría de par en par las puertas de la era, que debe cerrar el advenimiento del Anticristo. La Providencia, para advertirnos, permitió, que á los principios de esta era, tuviésemos una imagen de lo que será el hombre del pecado. En efecto, en Napoleón I se encuentran casi todos los signos, que los profetas nos han dejado para reconocer al grande enemigo de Jesucristo, excepto el de obrar, con ayuda de Satanás, prodigios, que parecerán milagros:—signo reservado al último Anticristo, para distinguirlo de sus predecesores.

Los miembros de la Francmasonería se habían mutuamente devorado en las orugas de sangre de la República; Napoleón I reunió los restos de ella, y dióle nueva organización, señalándole un jefe en su persona. De los principios proclamados en 89, enarbolados contra los principios del Evangelio, formó un código político, y que, exteriormente, y á primera vista, nada tiene de repugnante para los espíritus superficiales. Napoleón levantó los altares, y aparentó honrar á la Iglesia; pero la quería organizar á su manera, del mismo modo que había organizado la Francmasonería, y darle también un jefe, que ya no debía ser Cristo, sino él, Napoleón I; quien escribía á su embajador en Roma, «El Papa no ha de cuidar de otra cosa que de humillarse, y orar.»

Todo esto había sido predicho; y San Pablo se tomó el trabajo de recordárnoslo, diciéndonos, que al fin del mundo has persecuciones de la Iglesia consistirán principalmente en la seducción.

En 1805, Napoleón I envió á Pío VII una invitación, que equivalía á un mandato;

quería que el Papa fuese á París, para consagrarle emperador de los franceses. Pio VII cedió á esa invitación, para evitar mayores males; mas, desde entonces, pudo muy bien conocer los planes del despoja, que no consideraba al Vicario de Jesucristo y á los ministros de la religión sino como unos empleados suyos, que debían doblegarse á su voluntad de hierro con toda la sumisión de la disciplina militar.

Desde el año 1806, pretendía Napoleon I, que el Papa entrase en su liga contra la Inglaterra y los demas Estados, con los cuales se hallase en guerra. Pio VII rehusó, y para castigarle, Napoleon mandó ocupar los Estados de la Iglesia.

El día 2 de Febrero 1808, el general Miollis entraba en Roma, al frente de seis mil soldados imperiales, y apuntó sus cañones contra la puerta del palacio del Quirinal, y arrojó brutalmente de la ciudad á los Prelados y Cardenales mas adictos á Papa. Este permaneció encerrado en sus aposentos, sin presentarse nunca en publico. En 17 de abril 1809, Napoleon firmaba en Viena, capital de Austria, el decreto que anexionaba los Estados de la Iglesia al Imperio francés: este decreto fué publicado en Roma, en 10 de junio.

Durante la noche del 5 al 6 de julio, el general de gendarmería, Radet, arrebató á Pio VII del palacio del Quirinal, y le condujo á la fortaleza de Savona, donde el prisionero apostólico permaneció detenido hasta 1812: en esta época fué transferido á Fontainebleau.

En esta cárcel dorada es donde el tirano, hizo experimentar á su cautivo todos los malos tratos morales y físicos, que se leen en las Memorias del Cardenal Paeca. Allí es donde el representante de Cristo y el del Anticristo sostuvieron cuerpo á cuerpo, una lucha formidable, que se renovaba á cada instante, y en la cual se pudo ver manifiestamente, que la asistencia de Cristo á su Iglesia, no es una palabra vana. El sacro Colegio no estaba entonces, como hoy día, compacto e inflexible al rededor del Pontífice: habia Cardenales rojos, que estaban en predicamento con Napoleon; y Cardenales negros, á quienes el emperador prohibió vestir las insignias de su dignidad, en castigo de su tenacidad en defender los derechos sagrados de la Iglesia. Todo esto estaba anunciado: los profetas habian indicado la

defecación de altos dignatarios de la Iglesia, la caída de las estrellas, como un signo de las últimas luchas.

La Providencia escuchó, por fin, las oraciones de los fieles: en la campaña de Rusia cayeron las armas de las manos de los soldados de Napoleon; el día 22 de enero 1814, Pio VII, salía de Fontainebleau, emprendiendo el camino de Italia; y el día 21 de mayo hacia su segunda entrada triunfal en Roma. Su reinado se prolongó todavía más de nueve años, insignificante período de calma, porque al espíritu penetrante de este Papa no se le ocultaba, que la batalla solo habia comenzado, y que la secta anticristiana, herida de muerte en su más poderoso jefe, renacería bien pronto, conforme está anunciado en el Apocalipsi.

El día 20 de agosto de 1823, Pio VII entró su alma á Dios, á la edad de 81 años, despues de un reinado de 23 años, 3 meses y 6 días.

VIII.

Pio VIII, de la familia de los condes Castiglioni de Cingoli, no reinó más de un año y ocho meses. Habia sido creado cardenal el día 8 de marzo de 1816. Fué electo Soberano Pontífice en 1.º de abril de 1829, y murió en 30 de noviembre del año siguiente. Su reinado, tan corto y pacífico, especie de oasis en el desierto, no ha dejado una huella notable en la historia, si se exceptúa la que es bastante comun en la Historia de los Papas, la de la santidad.

IX.

I.

En Sinigaglia, la antigua *Sena Gallica*, ciudad de la Marca de Ancona, el 13 de mayo de 1792, colocábase por vez primera en la cuna un niño, en el palacio de una noble y antigua familia.

Este niño era Juan-Maria-Bautista-Pedro-Pelegrin-Isidoro Mastai Ferretti, que, más adelante, debia llamarse Pio IX. Su padre, gonfalonier (alcalde) de Sinigaglia, llamábase el conde Jerónimo Mastai Ferretti, y su madre Catalina Solazi. Hacia fines del siglo XVII, en recompensa de numerosos y distinguidos servicios, los Mastai recibieron el título de conde del principe Farnesio, du-

que de Parma y Plasencia. A consecuencia de una alianza matrimonial con el último descendiente de la familia Ferretti, añádieron este último apellido al suyo.

Los primeros años del joven Mastai discursieron felizmente, bajo el techo paternal; mas la tempestad habia soplado sobre la Francia, y no tardó en desencadenarse sobre el resto de Europa. Los soldados de la República francesa descendieron á Italia, y se apoderó de las Marcas.

El padre del Papa actual, sinceramente adicto al ilustre y venerable Pio VI, vióse obligado á someterse á la dominacion extranjera. Habitado el niño por su madre, á guardar en su corazon el más profundo respeto para con los Pontífices sucesores de San Pedro, tuvo, desde entonces, que orar, mezclando sus lágrimas con las de su familia, para obtener del cielo, que cesasen las tribulaciones del Vicario de Jesucristo, que gemia cautivo en país extranjero. Y lo hacia con todo el fervor de su joven corazon, bien ageno, sin duda, de pensar entonces, que un día, cautivo á su vez, el mundo católico dirigiría las mismas preeas á Dios por Pio IX, despojado y prisionero.

A la edad de trece años, Juan-Maria Mastai entró en el colegio de Volterra (Toscana), donde luego llamó la atencion por su dulce piedad, su aptitud y amor al estudio, y por su angelica caridad. En seis años cumplió el curso regular de sus estudios, y contaba diez y nueve cuando volvió al hogar paterno, al lado de su noble madre, á buscar inspiraciones para la eleccion de carrera.

El ruido de las armas hacia entonces temblar el mundo: las almas generosas son siempre sensibles á la gloria; el joven Mastai, que en semejante época entraba en la vida pública, no podia dejar de sentir la influencia del tiempo. Además, la carrera militar le sonreia, y soñaba, como muchos otros jóvenes, en llevar espada, é influir en los grandes acontecimientos, que se estaban cumpliendo en Europa; pero, al mismo tiempo, sentíase atraído poderosamente hácia la casa del Señor, como si presintiese las gracias extraordinarias que en ella le estaban reservadas.

Pronto se decidió su vocacion: su ardiente piedad triunfó en esta lucha de las ideas belicosas, que agitaban su espíritu; despues de haber meditado mucho, sobre la vani-

dad de las cosas humanas, resolvió consagrarse á Dios, y recibir las órdenes sagradas. Una terrible enfermedad pareció oponer al principio un obstáculo insuperable á la entrada de Mastai en el estado eclesiástico, y cerrarle para siempre las puertas del Santuario.

Sin embargo, fuése á Roma, con el propósito de comenzar sus estudios teológicos, encontrando en Pio VII, pariente de su familia, un poderoso estímulo para perseverar en su santa resolucion.

Juan-Maria, á pesar de los reiterados ataques de su enfermedad, no desalentó; seguro ya de su vocacion, buscó en la oracion los recursos que no podia esperar de la ciencia humana. Rogó con perseverancia; invocó con fe y amor á la *Consoladora de los afligidos*; y la epilepsia desapareció milagrosamente. Recibió el sacerdocio en 11 de abril de 1819, y celebró su primera misa en medio de los pobres huérfanos de *Tata Giovanni*.

El presbítero Mastai, á quien su nombre, saber y sus virtudes, le abrian la puerta á los más importantes destinos, fiel á su vocacion de caridad, prefirió un ministerio oscuro en medio de los pobres. Primero, bienhechor; despues, director del hospicio de *Tata Giovanni*, pasó los seis ó siete primeros años de su vida eclesiástica, rodeado de pobres huérfanos sin proteccion ni apoyo, imitando al Divino Maestro, que dijo: *Dejad venir á mí los niños*. De este modo preñada esta vida de caridad, que, desde que es Vicario de Jesucristo, nos ha mostrado, siempre rodeado de pobres, de enfermos, de infortunados de todas clases, derramando limosnas y palabras de amor, para enjugar todas las lágrimas, y aliviar todos los padecimientos. Consagró su fortuna, su tiempo, toda su existencia á la prosperidad moral y material de los huérfanos, en cuyo hospicio habia celebrado su primera misa.

Fue día de lágrimas para el Padre y para los niños, el día en que el presbítero Mastai, en 1823, fué arrancado por el Sumo Pontífice réinante á sus modestas ocupaciones, para acompañar á un Vicario apostólico, mas allá de los mares.

Monseñor Muzi habia recibido órden del Papa Pio VII de pasar á Chile, para el arreglo de los negocios eclesiásticos, que por allí no interrumpidas revoluciones de la América del Sud, hallábanse en un estado deplorable.

table. Tratábase de arreglar con las autoridades republicanas de Chile, los derechos y los deberes del clero, la situación temporal y espiritual de la Iglesia en el nuevo Estado. Sabía bien el venerable Pío VII, que agregado á esta misión el presbítero Mastai, en calidad de auditor, daba á su enviado un poderoso auxilio.

La goleta *Heliois*, en la que se embarcó el presbítero Mastai, dió á la vela, en 5 de julio de 1823. El viaje fué penosísimo, con su cortejo de privaciones y padecimientos. Terribles y continuas tempestades pusieron en peligro de perecer más de una vez al frágil buque, y el joven sacerdote, que había dejado las miserias humanas en la oscuridad de un hospicio, se hallaba de improviso en frente de grandes peligros y de pavurosos espectáculos. La naturaleza desencadenada le afligía á veces, que las miserias de la infancia; y mostró, que su alma estaba dotada de un temple capaz de resistir á tempestades mucho más peligrosas.

Imperturbable y resignado, invocaba, puesto de rodillas sobre una tabla, la intercesión de la *Estrella del mar*, para que intercediera con Aquel, que domina las tempestades; y la Virgen; á la que, más adelante, debía proclamar INMACULADA el Universo católico, oyó sus oraciones, y le condujo al deseado puerto.

Al cabo de ocho meses de padecimientos, después de haber sido acusados, al llegar á Palma, en la isla de Mallorca, de complicidad en una revolución contra España; después de haber tenido que rescatarse de un brich pirata, entraron, por fin, los misioneros apostólicos en el Rio de la Plata. Pero no habían llegado todavía al término de sus trabajos. Antes de llegar á Santiago, término de la misión, tuvieron que cruzar en caravana las Pampas y la gran cordillera de los Andes, caminar sin descanso por arenales ardientes, ó por bosques sin caminos practicables; empero su confianza en Dios nunca les abandonó, y, hácia fines del mes de marzo, monseñor Muzi, y el presbítero Mastai, pisaron el territorio de Chile.

11.

Otros padecimientos de distinto género aguardaban á la legación Romana en Chile: gracias á la mala fé del Gobierno de esta república, vióse la legación, casi reducida á

pedir limosna para atender á su subsistencia. No obstante, estos sinsabores, tan amargos, nada hubieran importado á monseñor Muzi y á su joven auditor, con tal, que sus esfuerzos para conducir á feliz término la misión de que estaban encargados, hubiesen sido coronados con un feliz suceso. Empero, para algo se hace revolucionario el hambre, miserables sutilezas, dificultades de todo género, suscitadas por la Masonería, que había ayudado con todo su poder á los que se habían sublevado contra España, inutilizaron la Misión; y un año después de haber salido de Italia, monseñor Muzi y el presbítero Mastai tuvieron que reembarcarse, sin haber obtenido cosa alguna.

A su regreso, el joven auditor ya no halló en Roma á Pío VII: León XII ocupaba la cátedra de San Pedro.

Este pontífice recibió con suma benevolencia al compañero del Vicario apostólico. La reputación que se había adquirido en esta difícil y peligrosa misión, sus servicios que había prestado, no se ocultaron al nuevo pontífice, quien, para atestiguarle su estimación, le confirió los honores de la prelación. Pío VII le había ya nombrado canónigo de Santa María *in via Lata*, erigida sobre las ruinas de la cárcel de San Pablo.

Las dignidades no cambiaron el corazón del presbítero Mastai, ni le separaron del camino de la caridad, que era para su alma tierra y benevolencia una vocación verdadera.

Nombrado en breve presidente de la Comisión directora del grande hospicio apostólico de San Miguel, en Ripa Grande, monseñor Mastai, con gozo celeste, se encontró otra vez rodeado de pobres y enfermos, que le amaron y le bendijeron del mismo modo, que le habían amado y bendecido los huérfanos de *Tata Giovanni*.

En este nuevo destino, desplegó una extraordinaria capacidad administrativa: restableció el orden en la administración del hospicio, que, á su entrada, estaba con un déficit espantoso; aumento extraordinariamente del ingresos de este establecimiento, é interesó á los aprendices en la prosperidad de la casa, entregándoles una parte en los beneficios del trabajo: en una palabra, regeneró el hospicio apostólico de San Miguel.

En justa recompensa de los nuevos servicios de Mastai, León XII le confirió el arzobispado de Spoleto, preconizado en el consistorio de 21 de mayo, y en 3 de junio si-

guiente, día de Pentecostes; consagrado en la iglesia de San Pedro *ad viualia*, por el Cardenal Castiglioni, que, más adelante, fue Pío VIII.

Quiso monseñor Mastai, que el primer acto de su vida episcopal lo fuese de caridad. Escribió á las autoridades de Spoleto, conjurándoles á convertir en limosnas el dinero, que hubiesen destinado para celebrar su entrada en la ciudad. Fue atendida su supplica; mas todo el pueblo, en el día de su entrada, acudió á recibir á su pastor, que vióse materialmente rodeado de la muchedumbre, sin poder apenas adelantar un paso; entónces, algunos jóvenes nobles desunecieron los caballos del carruaje del nuevo arzobispo, y le tiraron, mientras tanto, que todas las campanas eran echadas á vuelo. Su entrada fué verdaderamente triunfal, con aclamaciones de alegría y bendiciones. Ricos y pobres se confundían en un himno de amor al nuevo ángel, que la Providencia enviaba á la ciudad de Spoleto.

Las virtudes de monseñor Mastai brillaron con luz más viva en este puesto eminente. Cinco años ocupó la sede de Spoleto, y todos cinco los consagró sin descanso á la administración de su diócesis, dividiendo admirablemente su tiempo, entre los deberes de la religión y el cuidado de los pobres.

Si durante este tiempo tuvo grandes consuelos, tuvo también el dolor de ver á una parte de sus diocesanos complicados en la insurrección de 1831, primer indicio en Italia de los trabajos subterráneos de la secta anti-cristiana, atetargada, y no muerta, después de la caída de Napoleon. Acudieron inmediatamente los austriacos; y estaban ya en las puertas de la ciudad, preparándose á tomar terribles represalias.

Monseñor Mastai, sin fijarse en el peligro á que personalmente estaba expuesto, no pensaba más que en las desgracias que amenazaban á sus hijos; salió pues de su palacio, se dirigió á las puertas de la ciudad, y nuevo León el Grande, fué á encontrar al general extranjero. Con su persuasiva elocuencia, consiguió el santo prelado triunfar de su justo enojo.

«Perdonadlos, dijo el arzobispo: yo me obligo á desarmarlos, sin que haya de apenarse á medidas extremas de rigor.»

En efecto, á su regreso á la ciudad, monseñor Mastai calmó la efervescencia popular: la rebelión fué vencida por la caridad.

Los austriacos se volvieron por donde habían venido; mas la ley debía pedir una cuenta severa á los autores de los desmanes cometidos: llegó, pues, á Spoleto un agente de la policía romana, y formó una lista de los principales culpables, que puso en manos del arzobispo.

«Pío IX es justo, pero no justiciero,» dijo con mucha razón, uno de los mas notables escritores de nuestra época, M. Luis Veulliot. Es entre un defecto del cual le criticará la historia; defecto, empero, que no es exclusivo de nuestro actual Pontífice, ya que lo comparte con muchos de sus antecesores. Los representantes de Jesucristo en la tierra, tienen siempre más presente la misericordia del Señor, que su justicia.

Contristóse el corazón de monseñor Mastai al pensar, en la suerte que aguardaba á tantos desgraciados, que se habían extraviado; y queriendo salvarlos á toda costa, permaneció algunos instantes en silencio, teniendo en sus manos la lista de los principales conjurados, cuando, por una inspiración súbita, dió al empleado de policía:

«Amigo mío, cuando el lobo quiera devorar las ovejas, no debe avisarlo al pastor del rebaño.»

Y dicho esto, arroja la lista al fregio.

El arzobispo fué reprendido por el Soberano Pontífice, y no sin motivo, por cierto; pero la espada de la justicia desenvainada, debió volver otra vez á la vaina: de esta suerte, casi todos los conspiradores de la ciudad de Spoleto vieron libres del castigo por ese acto de generosidad de su arzobispo.

Digamos, en descargo suyo, que, entónces, nadie, ó muy contadas personas, conocían la secta. El R. P. Barnaba, Bernardino Negroni fué el primero, que sepamos, que hójeó los Libros sagrados para encontrar las huellas de la secta maligna, y en 1861 dió á luz el fruto de sus investigaciones, en su obra grande: *Dell' ultima persecuzione della Chiesa e della fine del mondo*. Sueñóle en dicho estudio M. de Camille, quien ha confirmado los descubrimientos de su predecesor, y los ha completado, describiendo los medios de que se vale la secta para trastornar la sociedad. Sus dos tomos, que llevan el título *Storia della setta Anticristiana*, no se publicaron hasta 1871.

En los movimientos revolucionarios de 1831, nadie descubría la mano oculta que los dirigía. Entónces, no se veía en todos

aquellos conatos, sino jóvenes atolondrados y exaltados, que reclamaban la independencia de su país; y debe decirse en honor de la verdad, que la mayor parte obraban, en este punto, de buena fe; todas sus aspiraciones se limitaban á no ser súbditos del extranjero, y, sin saberlo, eran instrumentos de un plan espantoso, infame, cuya manifestación reservaba la Providencia para una época ulterior.

Hacia fines de 1832, Gregorio XVI transfirió á monseñor Mastai á Imola. Bajo su activa administración, se embellecieron las iglesias; los clérigos sin fortuna fueron recogidos gratuitamente en el seminario diocesano; los asilos, abiertos á los huérfanos de ambos sexos; la instrucción se hizo accesible á los niños de las clases pobres; los hospitales quedaron ricamente dotados; en suma, la caridad de monseñor Mastai se manifestó allí, como se había manifestado en todas partes, ilimitada.

Reconociendo el Soberano Pontífice el mérito singular del Arzobispo-Obispo de Imola, le creó cardenal, en el Consistorio de 14 de diciembre de 1874.

Catorce años hacía, que el cardenal Mastai ocupaba la sede episcopal de Imola, cuando Gregorio XVI murió. Celoso del cumplimiento de su deber, como príncipe elector en la Iglesia, marchó al punto á Roma, donde debía reunirse el Conclave. Al llegar á Fossombrone, una paloma blanca reposó sobre el carruaje del Arzobispo-Obispo de Imola. Los habitantes del país, que habían acudido á contemplar la dulce magestad de su Eminencia el cardenal Mastai, al notar, que nada espantaba á la paloma, sino que permanecía imperturbada en su puesto, exclamaron:

«Viva! viva! He aquí al nuevo Papa.»

En efecto; el Conclave ratificó el pronóstico de los habitantes de aquella pequeña aldea... mas, no invirtamos el orden de los sucesos.

III.

El sacro Colegio debe reunirse inmediatamente despues de celebrados los funerales del Papa difunto, los cuales, segun las reglas canónicas, no pueden celebrarse sino nueve dias despues de su muerte.

En la madrugada del dia 14 de junio, los eminentísimos electores se reunieron en la Basílica Vaticana, donde el Cardenal Machi,

sub-dean del sacro Colegio, obispo de Porto y santa Rufina, celebró la misa del Espíritu Santo, para implorar las luces del Altísimo en la elección del nuevo Jefe supremo de la Iglesia de Dios.

Hacia las seis de la tarde del mismo dia, reunieronse los Cardenales en la iglesia de San Silvestre en el Quirinal, donde los charretres lleve la capilla pontificia entonaron el himno: *Veni creator Spiritus*.

Concluida la primera estrofa, todo el sacro Colegio salió de la iglesia, y atravesando la plaza del Quirinal, guarnecida de tropas de linea, se dirigió con gran pompa y seguido de un brillante cortejo, hacia el palacio apostólico, donde todo estaba preparado para el Conclave.

Los Cardenales, los Prelados y toda la corte pontificia entraron entónces en la capilla Paulina, donde se terminó el himno *Veni creator Spiritus*. Luego el Cardenal Machi exhortó á los electores á proveer lo más pronto posible á la santa Iglesia de nuevo Papa.

Levóse en seguida la Bula apostólica, relativa á la elección del soberano Pontífice, y los Cardenales juraron, como es de costumbre, observar con fidelidad todas las prescripciones de esta Bula.

El prefecto de los sacros palacios apostólicos y gobernador del Conclave, el mariscal perpetuo de la Santa Iglesia y guarda del Conclave, todos los Prelados, dignatarios y otros personajes, que debían intervenir más ó ménos en las formalidades ó ceremonias de costumbre, prestaron igual juramento.

Lenadas ya las ceremonias ó formalidades preliminares, los Cardenales se retiraron cada uno á su celda respectiva; y hacia las once de la noche, el mariscal guarda del Conclave ordenó, que se cerrase completamente.

En la noche del 14 de junio, los Cardenales, en número de cincuenta, se encontraron pues encerrados en el Quirinal para el Conclave.

El siguiente dia, á las 9 de la mañana, despues de la misa del Espíritu Santo, se abrió el primer escrutinio.

El Cardenal Lambruschini, que por espacio de diez y seis años había ocupado un puesto eminente en el reinado de Gregorio XVI, y que contaba setenta años de edad, era el que, en la opinion pública, ofrecia mayores probabilidades de ser elegido. Su

competidor mas sério parecia serlo el cardenal Gizzi, que había adquirido mucha popularidad, desempeñando la legacion de Forli.

En punto al Cardenal Mastai, de cincuenta y cuatro años de edad, nadie soñaba siquiera en su exaltación. Acordábase el pueblo de sus virtudes, de su caridad y de los primeros años de su ministerio; pero la nobleza romana, y muchos miembros del sacro Colegio, apenas le conocían: los deberes del episcopado le habían tenido casi constantemente alejado de Roma, por espacio de unos veinte años.

Por consiguiente, ménos que cualquiera otro, podia creerse el obispo de Imola llamado á la mision sublime, que el cielo le tenia reservada.

Hemos dicho, que el primer escrutinio se hizo en la mañana del 15 de junio: la mayoría canónica debía reunir treinta y cuatro votos, esto es, los dos tercios de los electores presentes.

El resultado de esta primera votación, fué el siguiente: el Cardenal Lambruschini, quince votos; el Cardenal Mastai, trece; los demás sufragios estaban divididos.

General fué el asombro en el seno del Conclave: todas las previsiones humanas cayeron por tierra.

Manifestábase la voluntad de Dios; y la paloma blanca de Fossombrone descendió, al parecer, del cielo, como la paloma, que, segun el testimonio de Eusebio, designó á San Fabian por sucesor de San Antero, para anunciar el advenimiento del obispo de Imola al Pontificado supremo.

En el nuevo escrutinio de la tarde, el Cardenal Mastai tuvo cuatro votos más, mientras que el Cardenal Lambruschini perdió dos.

El dia 16, á las nueve de la mañana, se hizo el primer escrutinio; y dió por resultado, veinte y siete votos al cardenal Mastai: Lambruschini no tuvo más que once.

La Providencia, que sin duda queria, que la humildad del cardenal Mastai se mostrase en toda su grandeza ante el sacro Colegio, había permitido, que la suerte le designase para uno de los tres escrutadores encargados de examinar los votos y proclamarlos.

Como es de inferir, la ansiedad de Roma, en tales momentos, era imponderable: el clero, la nobleza, el pueblo, sobre todo, sus-

piraban por recibir á bendición del nuevo Pontífice. El cuerpo diplomático, como dispartado súbitamente de un sueño profundo, manifestaba tambien cierta inquietud.

Y aqui viene á propósito referir una anecdota, que, por cierto, no figura en ninguna de las biografías publicadas de Pio IX. El marqués Crasá, representante en Roma del rey Carlos Alberto, hallábase en Genova, su ciudad natal, precisamente en el momento mismo de la reunion del Conclave. Como el marqués Torriglia, y el conde Rafi-Opizzone le manifestasen su admiración, de que no se hubiese apresurado á ocupar su puesto al saber la muerte de Gregorio XVI, les contestó: «El Conclave tiene mucha ménos importancia de la que os figuráis; quien quiera que sea el electo, la política de la corte de Roma no cambiará en nada... á ménos de que lo fuese el cardenal Mastai, en cuyo caso, preparo á ver trastornado el mundo entero.»

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en tono de broma, y riendo: el diplomático piemontés, creía aludir á una hipótesis, muy poco probable; pero cuando resultó un hecho, los dos patrióticos genoveses, se apresuraron á divulgar ese pronóstico. «En qué se fundaba? Yo no lo sé; pero es histórico. El conde Carlos-Alberto Rafi-Opizzone residia todavia en Reggio (Emilia) donde se ha retirado, y puede responder de la perfecta exactitud.

No era dado á la diplomacia penetrar en aquella época en los misterios de la predestinación providencial.

Dios tuvo por conveniente escoger el Papa entre los Cardenales, que ménos se habían ocupado de política. La Providencia, al tomarle por la mano, y levantarle al supremo Pontificado, dijo al mundo entero: He aqui mi representante sobre la tierra: es oriundo de una familia liberal, que no obrará en el gobierno temporal con el espíritu estrecho que echais en cara á los Papas: el hará todas las concesiones compatibles con sus deberes de Pontífice: cuanto le pidiereis por el bienestar de los pueblos, os lo concederá. Este hombre lo he elegido yo, porque debe probar al mundo, que detrás de este liberalismo hipócrita, hay una secta que no se satisfice con nada, y cuyo verdadero objeto final es la destruccion del cristianismo.

Dos veces ya la solemne procesion del clero romano se había dirigido desde la

Iglesia de los santos Apóstoles al palacio del Quirinal, y hecho á los auditores de la Rota esta pregunta:

Habemus Pontificem? «Tenemos Pontífice?»

Y otras tantas la procesion habia regresado, cantando el *Veni Creator*, á fin de que Dios derramase las luces del Espíritu Santo sobre el sacro Colegio.

Una multitud inmensa permanecia estacionada todo el día en el Monte Cavallo, fijos los ojos en la capilla Paulina; donde se reunian los Cardenales para emitir el voto, y quemar luego las cédulas.

La impaciencia fue muy viva, cuando la columna de humo, formada por las cédulas quemadas, les convenció, que la segunda votación no habia dado resultado.

El día 16, á las tres de la tarde, empezó, por fin, el tercer escrutinio.

En este momento, se apoderó de todos los Cardenales una emocion profunda, conociendo, que habia ya llegado la hora solemne. Cada uno de los miembros del sacro Colegio escribió su voto en silencio, y lo depuso en el cáliz colocado en la mesa del altar.

Terminado el escrutinio, se procedió á proclamar el resultado de los votos. El cardenal Mastai, colocado en medio de los otros dos escrutadores, estaba en pie, junto á la mesa, en la cual se deponian las cédulas. Su alma, en aquel momento supremo, era presa de cierto terror. Veíasele pintado en su rostro cuanto temia el resultado de aquella última prueba, y que la votación de la mañana debia hacerle presentir. Todo el día, entre la tercera y la cuarta votación, estubo orando, pidiendo sin duda á Dios, que no le confiase una mision, de la cual él no se creia digno.

Advirtiése que la mano le temblaba al recibir en ella las cédulas que se le entregaban: leyó su nombre diez y siete veces seguidas. Al leer la cédula diez y ocho, apercibiéndose todavía su nombre, un torrente de lágrimas le ofuscó la vista, su voz se apagó. «*Hermanos míos, murmuró sollozando, opidiados de mi debilidad; yo no soy digno...*»

Invitado á continuar en su cometido, respondió:

«*No puedo más; encargad á otro que lea las restantes cédulas.*»

Su súplica no podia ser atendida, so pena de nulidad de la eleccion. Entonces los

miembros del sacro Colegio le rogaron, que se calmase, y le hicieron sentar, diciendole, que se aguardaria á que se repudiese de su emocion.

Semejante á su divino Maestro, quien, en el Huerto de Getsemani, fué acometido de una tristeza mortal, y regó la tierra con el sudor de su sangre, el cardenal Mastai, en el instante de consumar su sacrificio, succumbió á la debilidad de la carne. Quizás entrevió, en medio de una nube celeste, el cáliz, que el porvenir le reservaba, y no pudo menos de exclamar como Jesucristo:

«Señor, si es posible, aparta de mi este cáliz.» Mas, sometido á la voluntad divina, añadiría tambien: «Hágase, empero, tu voluntad, y no la mia.»

Y bien pronto, en efecto, alentado por la oracion, y sostenido por la gracia de lo alto, se acercó otra vez al altar, y leyó en las cédulas treinta y seis veces su nombre.

IV.

El Cardenal Arzobispo-Obispo de Imola, habia obtenido dos votos más de los que exigian las leyes canónicas.

Inmediatamente todos los Cardenales se levantaron, y proclamaron al nuevo Papa. La campanilla del Cardenal Dean anunció á los Prelados, reunidos en las puertas de la capilla, que el Pontífice estaba ya elegido.

El Cardenal Mastai, que se habia prostrado al pie del altar, y pedía á Dios las fuerzas necesarias para sobrelevar los temibles honores del Pontificado, permanecia todavía anonadado en su oracion, cuando el Dean del Sacro Colegio, se le acercó, acompañado de los maestros de ceremonias y de los Cardenales, y le dirigió esta pregunta:

«*Aceptáis la dignidad de Soberano Pontífice, á la que, por eleccion, sois llamado?*»

A esta interpelacion, se levantó el Electo, con el rostro iluminado de un rayo divino, y respondió con voz firme:

Acepto.

«*Qué nombre queréis tomar?* preguntó, según el antiguo ceremonial, el Cardenal Macchi.

El nombre *Pío*, en memoria de *Pío VIII*, mi predecesor en la sede de Imola, respondió el Pontífice.

Inmediatamente monseñor de Ligne, notario de la Santa Sede Apostólica, extendió los dos actas del nombramiento, y de la aceptación.

Pío IX, revestido de las insignias de su dignidad, fué conducido con gran pompa á la capilla del Quirinal, donde, despues de haber recibido los primeros homenajes de los Cardenales, el Camarlengo de la Santa Iglesia Romana, el Cardenal Biario Storza, le puso en el dedo el anillo del Pescador.

Erán las nueve y media de la noche, cuando terminaron todas las ceremonias. La proclamacion pública fué aplazada para el día siguiente.

El Conclave, en el cual acababa de ser electo Pío IX, solo duró treinta y seis horas; desde muchos siglos, no se habia visto otro más corto.

El día 17 de junio, al dar las nueve, se derribaron los muros del Conclave, y el Cardenal Camarlengo, asomándose al balcón del Quirinal, con voz alta, dijo á la multitud:

«Os anuncio un gran gozo: Tenemos por Papa al Reverendísimo Señor Juan Maria Mastai Ferretti, hasta el presente, Cardenal de la Santa Iglesia Romana, que ha tomado el nombre de Pío IX. (1).»

A este anuncio inesperado por los hombres políticos, pero presentado misteriosa-

(1) Hé aqui por orden cronológico las fechas auténticas en que se confirieron las órdenes sagradas á Pío IX.

Las cuatro órdenes menores, en 5 de enero 1817 en Roma, por Monseñor Caprano.

El Subdiaconato, en 20 de diciembre 1818, en Roma, por monseñor Caprano.

El Diaconato, en 6 de marzo 1819, en Roma, por mons. Caprano.

El Presbiterato, en 10 de abril 1819, en Roma, por mons. Caprano.

Preconizado Arzobispo, en 21 de mayo 1827, por Leon XII.

Consagrado en 3 de junio 1829, por el Cardenal Castiglioni.

Transferido á Imola, en 17 de diciembre 1832, por Gregorio XVI.

Creado Cardenal, en 14 de diciembre 1839, por Gregorio XVI.

Publicado en el consistorio, en 14 de diciembre 1840, por Gregorio XVI.

Electo Soberano Pontífice, en 16 de junio 1846.

Coronado en San Pedro, en 21 de junio 1846.

Tomó posesion de la archibasílica de Latran, en 9 de noviembre 1846.

mente por el pueblo, un temblor eléctrico circuló por todas las venas, y los aplausos estallaron como una tempestad. Empero, cuando se vio aparecer en el balcón al mismo Soberano Pontífice, con los ojos bañados en lágrimas, cuando se le vio alzar las manos hacia el cielo, en actitud de ofrecerse en holocausto á Dios por la felicidad de su pueblo y la salvacion del mundo, y bajarlas luego para bendecir á la ciudad y al universo, todas las veces de la muchedumbre se unieron en un solo grito: *Viva Pío IX!*; y estos gritos repetidos, resonaron hasta las extremidades de la ciudad de los Papas.

El nuevo Pontífice declaró, que queria fijar su residencia en el palacio del Quirinal, y prescribió algunos cambios, que al instante se ejecutaron.

En 21 de junio se trasladó á la Basílica Vaticana, donde fué coronado.

Recorramos, ahora, rápidamente, los actos de su pontificado, uno de los mas maravillosos que ofrece la historia de la Iglesia.

En menos de un mes, Pío IX se enteró de la situacion administrativa y política de los Estados de la Iglesia. Los cambios de las potencias, al deponer á sus pies las felicitaciones de sus respectivos soberanos, dejaron deslizar algunos consejos, entre sus cumplidos. El espíritu sutil y penetrante del nuevo Papa comprendió perfectamente todas las dificultades de la situacion. Despues de haber tomado consejo de una Congregacion de cardenales, determinó, de acuerdo con ellos, la linea de conducta, que debia adoptar. Consistia en desarmar la revolucion, que rugia en los antros secretos. Pío IX resolvió conceder á su pueblo todas las reformas compatibles con las leyes de la Iglesia.

Confiado y generoso el nuevo Papa, un mes despues de su exaltacion, abrió su mano llena de dones; devolvió á sus hogares á mil setecientos criminales políticos; nombró una comision para estudiar la concesion de una red de caminos de hierro; publicó una ley municipal, la mas liberal que se haya publicado en Europa; luego decretó la creacion de una consulta de Estado para votar los impuestos, y fiscalizar los presupuestos y gastos; instituyó un consejo de Estado, un consejo de ministros; y, más adelante, llevando la confianza hasta los últimos limites, autorizó la organizacion de una guardia nacional.

Si la secta pudiera jamás ser desarmada

por la clemencia, Pío IX hubiera obtenido este resultado, y devuelto al Pontificado su influencia sobre todas las clases de la sociedad: todo cuanto pedían los liberales, lo habían obtenido; empero Satanás estaba allí, y sugirió a sus adeptos un plan infernal. Un Papa, que abogaba para siempre el espíritu de rebelión en Italia, no podía gustar a los enemigos de Dios: remitiéronse, pues, en conciliábulo, para encontrar un medio que embarazase, primero, y luego, falsease el curso de ese bello movimiento regenerador. Y no encontraron otro más fácil y más eficaz, que el de mezclarse con el pueblo en sus demostraciones de júbilo, é impulsarle á pedir cada día nuevas reformas. Comprendió muy bien Pío IX el lazo que se le tendía; mas sin desalentarse, marchó con paso firme por la senda que había emprendido.

El rey Fernando II, en el reino de Nápoles, y Carlos Alberto en el Piemonte, otorgaron también en sus respectivos Estados el régimen representativo; los francmasones, empero, que en esos Estados formaban la única corporación organizada, manipularon las primeras elecciones, desde su aparición; el régimen constitucional quedó viciado, y cayó enteramente en manos de la secta.

Entretanto estalló la revolución en Milán, y los austriacos abandonaron la Lombardia, hasta la línea del Mincio. La casa de Saboya, que estaba en el secreto del carbonarismo, proclamó, la primera, la necesidad de constituir la *unidad* de la Península, declaró la guerra al Austria, y llamó á los italianos á las armas.

En vano declaró Pío IX, que jamás tomaría parte en una guerra contra una potencia católica, que ella no la había provocado; en vano propuso formar la independencia política; se aparentó negociar con los legados pontificios, mientras tanto que el general piemontés, Durando, que estaba al frente del ejército pontificio, lo dirigía sobre el territorio austriaco. Desde este momento, la escisión, que las sectas habían tramado, se declaró contra el Pontífice: Carlos Alberto le reemplazó en las aclamaciones populares; y al Pontificado se le consideró como enemigo de la independencia nacional.

La campaña del monarca piemontés vino á parar en la tregua de Turín, y después en el desastre previsto de Novara. Los austriacos

ocuparon una parte de los Estados de la Iglesia.

v.

Los conspiradores se aprovecharon de las derrotas del rey piemontés, para sublevar el odio de los pueblos contra los soberanos de la península, que no habían tomado parte en la guerra contra el Austria; las Logias recibieron la orden de hacer proclamar la destitución de esos soberanos, y de trabajar activamente por todos los medios imaginables para que esta se verificase.

Preparado el complot, se fijó el día 13 de noviembre de 1842 para su ejecución en Roma. En este día, el conde Pelegrin Rossi, ministro de Pío IX, fue asesinado en Roma, y al siguiente, el Soberano Pontífice fue sitiado en su palacio del Quirinal. Pío IX luchó hasta el último extremo: salió al balcón para calmar la efervescencia de la multitud, y su secretario monseñor Palma cayó á su lado, herido de una bala en la frente. Los embajadores de las potencias católicas, reunidos al redor del Papa, le aconsejaron que cediera á la fuerza; y el día 17 de noviembre, el diario oficial publicó el nombramiento de un ministerio democrático. Reducido á esta triste condición el Soberano Pontífice, resolvió sustraerse de sus cárceles. El día 24 de noviembre, Pío IX, disfrazado en traje de simple sacerdote, salió de Roma, y se refugió en Gaeta. Esta partida milagrosa conserñó á los revolucionarios: comprendían, que su reinado duraría muy poco tiempo; sin embargo, llevaron su lemeridada hasta el punto, de poner en ejecución todos sus iníquos y horribles proyectos.

Desde los primeros días de febrero de 1849, reunieron los revolucionarios un conciliábulo en el Capitolio, y se atribuyó pomposamente el título de Asamblea constituyente. En la noche del 8 al 9 del mismo mes, proclamaron destituido el Pontificado de toda soberanía temporal, y que los Estados de la Iglesia quedaban constituidos en república romana.

Cincuenta años ántes, el general Berthier, despues de haberse apoderado de Roma, bajo Pío VI, había proclamado, por primera vez, la república. Esta república duró diez y nueve meses; la de los sectarios no vivió más que ciento cuarenta días.

Desde el primer mes de 1849, las poten-

cias católicas coaligadas ocuparon los Estados de la Iglesia, y la secta volvió á refugiarse en sus antros tenebrosos, donde, por el espacio de diez años, se preparó para un nuevo asalto.

Pío IX regresó á Roma, el día 12 de abril de 1850, aclamado por su pueblo muy amado: luego que se hubo dedicado especialmente á curar las llagas abiertas por la revolución, emprendió otra vez su trabajo de prudentes reformas. Las leyes orgánicas del Estado fueron de nuevo promulgadas, y restablecieronse, el consejo de Estado, el consejo de ministros, y la Consulta de hacienda. Los sectarios habían agolado el tesoro pontificio, é inundado el país de papel moneda. Por medio de una prudente economía, el Papa restableció el equilibrio en el presupuesto, y retiró de la circulación los asignados de la república. La reorganización del ejército, el embellecimiento de Roma, los trabajos públicos, el comercio, las bellas artes, la agricultura, el desenvolvimiento de la instrucción popular, todos estos varios ramos, llamaron especialmente su atención, y fueron sucesivamente objeto de su solicitud paternal.

Desde 1850 á 1860, Pío IX hizo construir la red de los caminos de hierro romanos, que unen el Mediterráneo con el Adriático, y ponen en comunicación á Roma con la Toscana y el reino de Nápoles. Alentó la agricultura con premios, y creando una cátedra especial de ella en la universidad de la Sapienza. Fundó el Instituto agrícola de *Vigna Pia*, y simplificó el modo de percibir los impuestos sin aumentarlos. La propiedad en los Estados de la Iglesia fué la menos gravada de Europa.

Bajo su reinado las bellas artes tomaron nuevo vuelo: hizo restaurar y embellecer las galerías del Vaticano, y el mayor número de las iglesias más notables de Roma, San Pablo *extra-muros*, San Lorenzo, San Agustín, Santa María *in Aquiro*, Santa María *in Trastevere*, y muchísimos otros pueblos, atestiguarán el celo de este gran Pontífice por el culto católico. La arqueología, este manantial inagotable de monumentos cristianos y paganos, no quedó olvidada. El descubrimiento de las basílicas de San Alejandro, en la vía Nomentana; de San Esteban, en la vía Latina; los inmensos trabajos practicados en las Catacumbas; las excavaciones que se abrieron en la antigua Ostia, en el Emporium

y el Palatino; la adquisición de las estatuas de Hércules y de Augusto, descubiertas en propiedades particulares; la creación de una cromolitografía pontificia; la construcción del puente de Aricia, y del Mammoletto sobre el Anio; las criptas de San Juan de Letran y de Santa María la Mayor; la erección de la columna de la Inmaculada Concepción en la plaza de España; las estatuas colosales que adornan la plaza de San Pedro; las que decoran la Escalera santa, y una infinidad de otros monumentos, que fuera muy prolijo enumerar, demuestran con cuánta razón se ha saludado á Pío IX con el título de *padre y protector de las bellas artes*.

Los Estados de la Iglesia no son un país industrial: los productos del suelo constituyen su mayor riqueza. Sin embargo, nada perdonó Pío IX para procurar á sus súbditos las ventajas, que el genio industrial de otros pueblos pudieran proporcionarles.

Concluyó tratados de correos y de comercio con Francia, Suiza, Inglaterra y Alemania; rebajó los derechos de aduana; creó en la universidad una cátedra de derecho mercantil; instituyó tribunales de comercio en Roma, Bolonia y Ancona; el Banco romano fué autorizado para aumentar su capital, bajo la condición de establecer sucursales en las ciudades de provincia. El consolidado romano se mantuvo, casi constantemente, á 93.

La atención que Pío IX ponía en la administración temporal de sus Estados, no le distraían de los intereses de la Iglesia. Los hechos más importantes de su pontificado atestiguarán á los siglos futuros, su constante solicitud en defender, afirmar y dilatar el reino de Dios. Cuatro veces, durante su reinado, ha convocado á su alrededor el Episcopado católico: en 1834, cuando fué proclamado el dogma de la Inmaculada Concepción; en 1862, con motivo de la Canonización solemne de los Mártires del Japon; en 1867, por el Centenario del martirio de los Apóstoles; en 1869, en fin, para la celebración del Concilio ecuménico. En estas grandes Congregaciones del Episcopado, se ha formado esta admirable unión, que permite á la Iglesia luchar, por medio de sus confesores, en todas las partes del mundo, contra la más pérdida de todas las persecuciones, sin tener que deplorar una sola derrota. Y á consecuencia también de la primera de esas solemnes Congrega-

ciones, apareció EL SILLABUS; esa afirmación de la verdadera doctrina social, que, por sí sola, bastaría para inmortalizar un reinado. La jerarquía católica, restablecida en Inglaterra, y en los Países Bajos; la aprobación de numerosos institutos religiosos de reciente creación; los ciento y dos decretos de beatificación y de canonización; la creación de ciento ochenta y ocho nuevas sedes arzobispales, episcopales, vicarías ó prefecturas apostólicas; el desenvolvimiento dado á las Misiones en las naciones infieles; la creación en Roma de los seminarios Pio, Frances, Americano del Norte, Americano del Sud, y Polaco; la multiplicación, por centenares, de institutos de segunda enseñanza y primaria, dirigidos por congregaciones religiosas; las numerosas Encíclicas para estimular el celo de los pastores y de los fieles, señalar los peligros, refutar los errores; las conmovedoras Allocuciones pronunciadas en cien Consistorios; las Cartas llenas de firmeza apostólica, dirigidas á los potentados, recordándoles sus deberes para con la Iglesia católica; el valor que resiste á las invasiones de la fuerza brutal; el sacrificio, que le tiene cautivo bajo la dominación del despojado, para ahorrar la dominación del despojado; tales son los monumentos que la historia eclesiástica apreciará para decidir, que título convendrá dar á Pio IX.

Por lo que á nosotros toca, confesando, desde luego, nuestra insuficiencia para coronar dignamente este rápido bosquejo, que

acabamos de hacer de la vida de Pio IX, creemos acertado reproducir aquí sus propias palabras, llenas de sublime abnegación, que, en un reciente discurso, dirige al divino Salvador:

«¡Oh Jesús mío! la Iglesia es obra vuestra. Romped las cadenas con que se pretende sujetarla; adornada con vestidos de gloria. Sé muy bien, que ella es militante; pero también sé, que ha de vencer; sé muy bien, que debe luchar; pero también sé, que ha de triunfar. Descienda de lo alto vuestra bendición sobre vuestra Iglesia; y Vos, ¡oh Jesús mío! sostened el débil brazo de vuestro Vicario, que os ofrece de nuevo su vida, si ella puede aplacar vuestra indignación; y ciertamente será aceptable este sacrificio, por cuanto yo uno mi humilde ofrenda con el precio infinito de vuestra preciosa Sangre.

«¡Ah, Señor! que vuestra bendición fortifique á los débiles, y les dé fuerzas para resistir á los ataques; á fin de que no sean vencidos por los artificios del enemigo; pues vos purificais la Iglesia en el crisol de la tribulación, para hacerla más fuerte y más gloriosa.

«Dignaos, Señor, hacer, que brille pronto el día del gozo y del triunfo!»

Y.

(*Journal de Florence*, del 7 al 21 de mayo 1874.)

LOS CATÓLICOS Y EL PAPA.

A. M. DAVID URQUHART.

Me reconozco francamente vuestro devoto: en el mes de junio último, recibí los opúsculos y la carta, que tuvisteis á bien remitirme: he leído los opúsculos; mas la dirección del *Journal de Florence*, absorbe de tal modo todo mi tiempo, que solo descuidándola, podría contestar á las muchas cartas que recibo; hé ahí, caballero, la única razón de mi demora en responder á vuestra carta.

Mas, no por eso, os estoy ménos reconocido, pues considero como bienhechores míos á todas las personas, que se dignan trasmitirme sus consejos, opiniones, y aún críticas; y les agradeceré que continúen siempre practicándolo, mostrándome así el interés que por mí se toman: nada de lo que me escriben se pierde; y cuanto hallo de útil en sus comunicaciones, ve la luz en mi diario. Este es, mi modo de responder y de agradecer.

La carta que me dirigisteis en el mes de junio, y que ahora me enviáis impresa, la publico, para que los lectores saquen provecho de las excelentes cosas que contiene. Me he permitido añadir algunas notas, lo cual os probará la consideración que me merecen vuestros escritos.

Apruebo vuestras ideas, caballero, aunque no tencisninguna necesidad de mi asenso, desde que os habeis hecho digno de la aprobación de una autoridad, que vale cien mil veces más que la mía: la del Santo Padre. Pero en vez de seguirlos yo á vos, en la senda que me indicáis, permitidme os invite á que vos, por el contrario, me sigais por la mía: os expondré las razones:

Los males, que deplorais, deben su origen

á la dominación que la secta ha impuesto al mundo. Toda vez que la masonería se ha quitado la máscara, nos encontramos en su camino colocados en batalla, prontos á combatir; y no lo dudeis, será vencida sin esfuerzo alguno, porque con nosotros está Dios. Entonces tendré el honor de colocarme á vuestro lado, para ayudaros en la reconstrucción del edificio cristiano, que la secta ya casi ha demolido.

La necesidad, más urgente del momento, es conocer la secta, para separarnos de ella. He aquí la obra inmensa á la cual me he consagrado, y por esta obra, y en su nombre, me atrevo á invocar el concurso de vuestra experiencia, de vuestro talento, de vuestra devoción á la causa de la verdad. Los enemigos de la Iglesia y de Jesucristo están en nuestro campo, se mezclan con nosotros, y nos arrastran consigo hacia el abismo. Es preciso, pues, que la separación de los buenos y de los malos se realice, y pronto; hé ahí el primer paso hacia la restauración del orden social cristiano.

Los cristianos ofrecen el triste espectáculo de un vasto campamento de ciegos, que pretenden combatir contra gentes dotadas de vista excelente. Los cristianos dirigen sus golpes al acaso, y no hieren donde debieran herir. Nuestros enemigos se regocijan, y adelantan cada día sus obras de demolicion. Ayudadme, caballero, á abrir esos cerrados ojos, y Dios os concederá todas las bendiciones, que yo os deseo.

Vuestro afectuoso y humilde servidor,

J. E. DE CAMILLE.